ojos, sino en el pobrecito y contrito de corazón, que escucha con temor mis palabras?» (Isaías, 66, v. 2).

Si la más clara señal de la verdadera profecía es el cumplimiento de ésta, las que nosotros tomamos de las humildes siervas de Dios han salido ya del dominio de la crítica, porque apenas hay una que no se haya verificado en gran parte. Si tuviéramos espacio para dar cuenta de todos los cumplimientos históricos de las profecías, cuya parte relativa á nuestros tiempos es la única que tomamos, llenaríamos muchos números de *Luz Católica.*

El ilustre canónigo y misionero Da Macello, autor de *I Futuri Destini*, nos ahorra este inmenso trabajo con lo que dice en el prólogo de la última edición de su obra. Escogemos su testimonio entre los mil y mil de que podríamos valernos, y traducimos:

«*Diez y seis mil ejemplares* que hemos tirado en las seis ediciones precedentes de esta colección de profecías, de 1854 hasta hoy (1871), se han agotado enteramente: este es el mayor elogio que podríamos desear. Cuando en 1854 divulgábamos las profecías que anunciaban la caída de Luis Felipe, rey de Francia, la república, la vuelta de Napoleón III, el imperio de éste y su caída en 1870, la guerra de Italia, el destronamiento de los soberanos de Milán, Venecia, Florencia, Nápoles, Módena y Parma; la reunión de los Estados Pontificios á Italia, y el fin del título de rey de Cerdeña, muchos exclamaban: «¡Está loco ese hombre!» (eso se dice también de nosotros ahora), que es lo que los rapaces hebreos decían también del profeta Eliseo; y otros manifestaban tenernos lástima.

»Hoy podríamos preguntar á unos y otros: Señores, ¿qué decís ahora? Desde 1854 venimos divulgando estas profecías; preguntad á ellas; consultadlas: ¿os habíamos engañado con vanas amenazas? Leed y veréis. Y esto diciendo, podríamos, en justa revancha, entregarlos al ridículo y al desprecio; pero no es esa nuestra costumbre, sino que nos contentamos con el triunfo silenciosamente reportado de las tontas habladurías.....

»Con estas predicciones se descorre un poco y adquiere alguna transparencia el velo de lo porvenir. Algunos lectores atentos y reflexivos han observado, en efecto, que durante los tres últimos lustros, muchas de las cosas predichas en este

libro han pasado del estado de simple profecía al de acontecimiento histórico.

»El hombre, aunque tiene un cuerpo mortal, ha sido creado para la eternidad, por lo cual nunca se satisface con lo presente, y ansioso echa su mirada á lo porvenir. Viviendo nosotros en un siglo tan fecundo en acontecimientos extraordinarios, que presagian otros aun más extraordinarios; en un siglo que quiere divorciarse de la religión, de la historia, de las tradiciones y costumbres de nuestros antepasados; en un siglo que, forjando nuevas teorías y principios nuevos, pretende dividir el mundo en nuevos Estados con leyes nuevas y nueva manera de ser de la sociedad; en un siglo cuyas notas características están evidentemente señaladas en la Sagrada Escritura, no es maravilla que la innata tendencia del hombre á conocer lo porvenir sea hoy más viva que nunca lo fué.

»Así, pues, felices los que, después de estudiar estos oráculos, se aprovechan de los avisos celestiales para mitigar el rigor de los divinos azotes con que van á ser castigadas la perversidad y presunción de los hombres. Si no pueden evitarlos, por lo menos los harán redundar en bien espiritual de sus almas».

Hacemos nuestras todas las palabras de Da Macello, y nada tenemos que añadir sino que, hace unos ocho ó diez años, el que esto escribe era uno de los incrédulos en esta clase de profecías, y el cumplimiento de algunas, entre otros motivos, le hizo abrir los ojos y estudiarlas como se merecen.

(*Luz Católica*, núm. 24=14 Marzo 1901).

II

Profecías naturales.

Tradición é instinto universal.

El asunto del Gran Monarca, como por lo dicho se ve, nos ha perjudicado en cierto sentido, pues muchos han creído que todo eso son cosas de imaginaciones calenturientas. Vamos á dar tal luz, que puedan ver los más ciegos si no se empeñan en cerrar los ojos.

Si hubiéramos dicho que el Gran Monarca es Carlos VII, los carlistas hubieran batido palmas; si dicho que Alfonso XIII, estaríamos hoy amenazados de llevar una mitra; si dicho que es otro cualquier jefe de cualquier partido, éste nos declararía ilustres; pero no hemos dicho quién es, porque eso lo sabe Dios, y hemos disgustado á muchos. Dios no es aceptador de personas ni dinastías: así puede ser el Gran Monarca un triste sacristán ó un corneta, como Carlos VII. Quienquiera que sea, hemos tratado de prepararle el camino en lo que es de nosotros.

Yerran los que se figuran que es nueva la idea del Gran Monarca, ó que es de un solo pueblo. Es de todos los pueblos, de todas las razas y de todos los siglos. En cien lugares de la Biblia está anunciado, según pruebas que ha dado *Luz Católica*. Nunca hemos creído que toda la Sinagoga judía se equivocase en creer que el Esperado sería Rey temporal, porque muchos pasajes de las Escrituras lo indican, de suerte que, en nuestra opinión, no todos pueden aplicarse literalmente al Mesías. No era fácil que aquellos doctores comprendiesen que dichos pasajes se referían también al Gran Monarca, el cual ha de ser un segun-

do Mesías, una notable copia del primero, cuyo reinado establecerá en el mundo: esa es la voz de todas las profecías antiguas y modernas.

En la Abisinia hallaréis predicciones que anuncian este Gran Monarca; en la Arabia también, desde que las dejó Mahoma. En la China, en Turquía, en toda Europa está igualmente anunciado hace ya muchas centurias. San Agustín habló ya de él, y antes Virgilio en su égloga *Pollion*. En los últimos siglos se han multiplicado las profecías que anuncian su venida, sus penas y su gloria. Dado el orden que se observa en el gobierno de la divina Providencia, y aun prescindiendo de las profecías que lo dicen, es de creer que, para empresas tan altas, el Gran Monarca se ha de levantar de la nada.

Pero hoy son los hombres tan ilustrados, que no necesitan de *cuentos de viejas*—así llaman á las profecías,—para brillar como astros y progresar como la luz. Con negarlas todas, despachan; creen alguna vez las predicciones de la razón, pero no las profecías de la divina inspiración. Es menester, por lo tanto, que bajemos á su terreno y les confundamos con las predicciones de la razón ó profecías naturales por ellos admitidas.

Profecía es: la *indefectible predicción de sucesos distantes de nosotros en tiempo ó lugar, preconocidos con certeza por inspiración divina*.

Hay ocho grados de profecía; pero los dos pimeros, como enseña Santo Tomás (1.ª 2.ª, q. 174, a. 3, c.), «son inferiores á la profecía propiamente dicha, porque no predicen una verdad sobrenatural», esto es, predicen solamente, bien que por divina inspiración, lo que no excede la facultad previsora de la razón humana. He aquí cómo describe el Doctor Angélico en el lugar citado los dos primeros grados de profecía, que Cornelio á Lapide y otros parecen reducir á uno solo.

«Más propia de la profecía es la cognición que la obra, por lo cual el grado ínfimo de profecía es el movimiento que por instinto interior se tiene para obrar exteriormente, como se verificó en Sansón, *de quien se apoderó el espíritu del Señor; y como se consume el lino al contacto del fuego, rompió y deshizo las ligaduras con que estaba atado*». (Jud. XV, 1).

«El segundo grado de profecía es cuando por luz interior es ilustrado alguno para conocer alguna cosa, como aconteció á Salomón, el cual *pronunció tres mil parábolas, y sus cánticos fueron mil y cinco; y trató asimismo de todas las plantas, desde el cedro que se cría en el Líbano hasta el hisopo que brota de las paredes; y discurrió acerca de todos los animales y de las aves, y de los reptiles y peces.* (III Reg. IV, 32 y 33). Y todo esto lo supo por inspiración divina, pues antes de esto dice el texto que *dió Dios á Salomón una sabiduría y una prudencia incomparables*».

«Con este género de profecía, añade Cornelio á Lápide, predijeron muchos Santos lo futuro, y aun hoy lo presienten y predicen».

Es decir, que para ser uno profeta no es necesario sepa que lo es; hará á las veces muy notables profecías sin darse cuenta de que Dios se las inspira, y no aparecerá allí más que una brillante luz natural de la inteligencia. Y este género de profecías, como el mismo Santo Tomás enseña, no supone revelación divina como los otros; en el primer grado nace de un impulso ó *instinto interior*, y en el segundo de una *luz infusa* que no es propiamente revelación.

Siendo la profecía una gracia *gratis data*, esto es, independiente de la caridad, ó de la gracia santificante, grandes pecadores pueden ser profetas, y de hecho lo son algunas veces, porque *Spiritus ubi vult spirat*, como dijo el divino Maestro; cuánto más, de consiguiente, un pecador puede ser profeta en los grados sobredichos. No deben, pues, despreciarse las profecías, aunque el profeta sea un mal cristiano. No deben admitirse sin pasarlas por el tamiz crítico de la teología mística, es verdad; pero tampoco deben rechazarse por mera razón del sujeto. Por eso dijo el Apóstol: *prophetias nolite spernere: quod bonum est tenete.*

Ahora bien; en el orden general de la Creación se

descubre un encadenamiento que la filosofía da por axioma ó principio, formulándolo de este modo: «Lo más elevado de un orden inferior está en contacto con lo inferior de otro orden más elevado:» *supremum infimi attingit infimum supremi*. Así, algunas plantas muy perfectas se acercan á los animales imperfectos, y los animales muy perfectos al hombre imbécil, y el hombre perfecto á los ángeles, etc., etc.

Aplicando, pues, este axioma á la materia de que estamos tratando, notamos que los hombres sabios y previsores ven algunas cosas tan á lo lejos en lo porvenir, que á veces no sabe uno si hablan exclusivamente por su luz natural, ó si *attingunt infimum supremi*; esto es, si realmente están en el primero ó segundo grado de profecía.

Donoso Cortés, Aparisi Guijarro, Balmes, Chateaubriand, Lacordaire, de Maistre y otros grandes ingenios modernos ofrecen notables ejemplos de lo dicho, y más de cuatro ofrecen también en sus escritos los corifeos de la impiedad.

A tales tiempos hemos llegado, que nosotros quisiéramos poder asegurar, sin temor de equivocarnos, que bajo ningún concepto fueron profetas estos grandes ingenios, sino que predijeron lo futuro en virtud exclusivamente de su natural raciocinio, sacando lógicamente lo porvenir en consecuencia de lo presente y pasado.

Si es así ó no es así, nadie lo puede asegurar; y decimos que nosotros quisiéramos asegurarlo, porque hoy se da más crédito á los pronósticos de los sabios que á las profecías de los Santos. En oyendo el nombre de *profecía*, el que no se burla desconfía, por regla general, y apenas alguno que otro cree.

Todos los católicos confiesan que el espíritu de profecía es esencial á la Iglesia; mas para ellos debe de ser ese un espíritu dormilón ó perezoso, puesto que nunca lo descubren haciendo una profecía. Gran-

des impíos hay que en este punto dan lecciones de consecuencia á muchos católicos.

Pues bien; ya que se fía hoy más en las previsiones del saber que en las profecías inspiradas, pondremos algunas de las que pudiéramos llamar *Profecías naturales*, donde hablarán los sabios y quizá los impíos; y cada uno es libre de pensar si estas previsiones deberán incluírse en el primero ó segundo grado de profecía, ó bien dejarse en la monda esfera del raciocinio previsor que suelen tener los sabios. Como quiera que sea, éstos confirmarán lo que nos han dicho los profetas acerca de los grandes acontecimientos inminentes, y los escépticos y superficiales tendrán, además de profetas, sabios de quienes burlarse.

Empecemos por el inmortal D. Antonio Aparisi y Guijarro, de quien ya dijimos algo arriba.

(*Luz Católica*, núm. 18=31 Enero 1901; núm. 60=21 Noviembre 1901).

Profecías de Aparisi confirmadas.

El joven y fecundo escritor tradicionalista, conocido por el pseudónimo de «Valcarlos», publicó recientemente un folleto intitulado *Aparisi y Guijarro*. Del ejemplar que se ha servido dedicarnos copiamos lo siguiente, que es una prueba más de lo acertadamente que juzgan los que discurren según la filosofía de la Providencia y de la Historia:

«Aparisi era un gran filósofo, dice. En artículos y discursos muéstrase pensador profundo y profundo conocedor de los hombres y de las cosas; debajo de la forma dulcemente poética y bíblica con que revestía sus argumentos, veíanse éstos con toda la fuerza y robustez con que los presentaba; y meditando sucesos y ahondando en ellos, veía tan claramente en ellos los sucesos venideros que, como Bonald y Donoso Cortés, resultó Aparisi profeta y profeta nunca fracasado.

»Entonces, como ahora y con mas razón y por lo tanto más profundamente que ahora, veíanse los liberales eternos, no descubriendo sus entendimientos otros horizontes que los de su ambición, ni viendo, como suele decirse, más allá de

sus narices. Aparisi, veinte años antes de la Revolución de Septiembre y destronamiento de Isabel, iba prediciéndolo, y los diputados se reían del que llamaban fanático y visionario y profeta. «Muchos gritan: ¡Sermón! ¡Fanatismo! ¡Neo! y yo »me encojo de hombros y me sonrío tristemente y exclamo: »¡Tiempo que has de venir, desmiénteme! Quisiera ser visio»nario y no profeta». El tiempo no le desvirtuó. Y fué profeta y no visionario.

»El general Prim, de infausta memoria, mandó asesinar *legalmente* á ocho carlistas en Montealegre, *por sospecha* de que eran carlistas. Y escribió Aparisi: «No pases pena por »eso, que ya te fusilarán. ¿Quién? ¿A mí? ¿Los carlistas? El »espíritu contestó: Un liberal debe tener la honra de morir á »manos liberales». Pasó poco tiempo, y Prim fué asesinado y tuvo la honra de ser asesinado por liberales masones.

»Vino Amadeo de Saboya, masón y traído por los masones; y habiéndose antes postrado ante el Papa Pío IX, escribió Aparisi: «D. Amadeo se irá... Vive una convicción en »todos los ánimos arraigada: D. Amadeo se va, ó de grado, »ó por fuerza. Es simplemente cuestión de tiempo; pero se »va. ¿Qué ha de hacer D. Amadeo sino irse?... Anuncia el »cañón que D. Amadeo va al Congreso. ¡Pobre Príncipe! El »mismo cañón anunciará dentro de poco que se fué de Espa»ña...» Pasaron tres meses y D. Amadeo renunciaba á la corona y partía de Madrid.

»Decía Aparisi en 1858, catorce años antes de ser proclamada la República: «Yo os digo que el sistema parlamentario »no es más que un tránsito para la República...» Y vino la República.

»Añadió Aparisi: «Prevalecerá la República por breve y »borrascoso tiempo... Será una interinidad, pero borrascosa: »á los tres meses de República no se puede vivir en España... »será un sueño y un desastre...» Y en efecto, fué la República una interinidad y un sueño y fué á más un desastre, y tanto se pudo vivir en España, que escribió un republicano que en Marruecos se mandaba más liberalmente que en la República española...

»Decía en el Congreso en 1861, cuando tan firme parecía el trono español y tan arraigada la escuela conservadora: «Yo quiero caer gritando que viene la Revolución y que la »Revolución no nos llevará á la libertad, sino á la anarquía »y al despotismo... Los partidos medios se van; esto se va, »señor Duque de Tetuán, esto se va». Y añadió, aludiendo á la reina Isabel: «Adiós, mujer de York, reina de los tristes »destinos». Los diputados le llamaron visionario y nervioso; y siete años después... vino la Revolución, y la Revolución

fué insoportable despotismo, y la *reina de los tristes destinos* pasaba el Bidasoa y entraba en Francia».

En un folleto de 50 páginas no podía nuestro amigo «Valcarlos» consignar otras previsiones ó profecías de Aparisi Guijarro. Tiene tantas, que sus escritos parecen de un profeta. Profeta le hizo su hábito de razonar según la filosofía de la Providencia en el gobierno del mundo. Pues bien, aquel hombre extraordinariamente previsor ó profeta, anunció mil veces lo que nosotros venimos diciendo: la restauración por la Cruz; el triunfo de la Cruz por un Gran Monarca...

(*Luz Católica*, núm. 23=14 Febrero 1901).

La Causa españolista.

«¡Quién me diera—exclamaba conmovido Aparisi Guijarro,—quién me diera comprender íntimamente la grandeza de la Causa en que estamos empeñados! El mundo antiguo se va, un mundo nuevo se nos viene encima.

Los discípulos de Cristo, *muriendo*, hicieron triunfar la ley del espíritu sobre la ley de la carne y plantaron la Cruz sobre el Capitolio. Los nuevos hijos del paganismo, *matando*, quieren derribar esa Cruz, y rehabilitar la ley de la carne, y aniquilar la ley del espíritu. No se trata más que de esto en el mundo.

Contra el hacha de los bárbaros se rompió la espada de Europa; mas la Europa tenía ya entonces la Cruz, ante la cual los bárbaros habían de arrodillarse. ¿Habéis encontrado una Cruz nueva que detenga á los nuevos bárbaros?

Por eso el tiempo de hoy es más temeroso aún y más crítico que aquel en que muchos creyeron que el mundo iba á acabar. Se trata de ser ó no ser; de vencer ó morir. Se está dando en Europa, más ó menos furiosamente, la batalla, y se está dando con no escaso ardimiento en nuestra pobre España.

En España hay dos cuerpos de ejército, cada uno de los cuales pertenece al gran ejército que pelea de poder á poder en Europa. Una ala derrotada puede traer la derrota general; victoriosa, el triunfo completo. La restauración en España podría ser *salud en España y principio de salud en el mundo*.

¡Oh, y qué gran causa! Cuando se piensa en cuán grande es, siente el ánimo un gozo sublime, y al propio tiempo una indecible tristeza. El que la siga, no busque, ni siquiera piense, en recompensas humanas, porque puede salir engañado, y sobre todo, porque son indignas de un hombre, puesto en la más grande ocasión que el mundo ha visto. El que la siga, haga por ser digno de seguirla; y si tiene orgullo, que lo pise; y si siente ambición, que la ahogue; y si oye la voz del interés, que la maldiga.

Levantad muy altos los corazones, porque nuestros hijos, desde los siglos futuros, nos juzgarán; porque Dios, desde el cielo, nos está mirando.

Si viésemos claro, todos los católicos nos acercaríamos, entenderíamos y concertaríamos, y pues que la causa es común, y tan grande, que comparadas con ella son todas livianas ó baladíes, formaríamos en el mismo campo, á la sombra de la misma bandera.

¡Qué dije todos los católicos! Digo que hasta hombres de fe muy apagada, hasta hombres que viven como si no creyesen, vendrían á ayudarnos. Hablo de aquellos que aun conservan, sin saberlo, el corazón cristiano, por los sentimientos que les infundió una madre piadosa, y tienen por desgracia no creer, y en sus grandes tristezas, aun les consuela la esperanza de volver á la fe de sus padres. Pues hasta esos hombres se llegarían á ayudarnos, prefiriendo estar entre nosotros antes que en las filas de otro partido, que sabiéndolo ó no sabiéndolo, está ayudando á la Internacional...

Vivimos por la virtud de los antiguos principios,

que aun dura: ¡tan grande era esa virtud! Pero estamos amenazados de muerte, si pronto no despertamos, y si hollando sobre malas vergüenzas y preocupaciones caducas, no se acercan y entienden los que por buena dicha conservan viva la fe de sus padres y aman la gloria de su patria.

Afirmo que la historia política de España, desde que nació el siglo XIX, es lastimosa. Afirmo que *todos hemos pecado*. Ahora, cuando todos experimentamos la grandeza del castigo, creo yo que los hombres de buena voluntad están en el caso de no mirar á lo que pasó, sino de mirar á lo que tienen delante, á esa pobre patria que está muriendo.

La alta empresa, no tan difícil como parece á los ojos superficiales, es la de atraer y reunir en un solo campo á todos los católicos y formar ejército para que se salve España y pueda contribuír á la salvación de Europa... Hay que recordar que *en los campos de España se han decidido ya tres veces los destinos del mundo.*

Si se tratara simplemente de la posesión de una corona, no me levantaría de esta silla y andaría seis pasos; una corona no vale esa pena.

No olvidéis nunca que todo, hasta lo más sagrado, se personaliza, y que siendo buenos levantamos nuestra Causa, y no siéndolo la abatimos. Intransigentes y firmes en lo esencial y necesario, en cuanto no lo sea, adelantaos á hacer prudentes concesiones para ganar voluntades.

Yo no creo que Dios se olvide de nuestros padres y nos condene á nosotros y á nuestros hijos á vivir en tierra de Moab. Si tan tremendo castigo cayera sobre nosotros, levantaríamos, mirando al cielo, nuestras tiendas en la tierra maldita, y sobre cada una de ellas pondríamos una Cruz.

A la sombra de la Cruz nacimos: á la sombra de la Cruz moriremos».

(*Luz Católica*, núm. 13=27 de Diciembre de 1900).

Un sueño.

También es de Aparisi lo qne sigue: escribiólo á 7 de Junio de 1871. Los grandes Profetas de la Iglesia, después de San Juan, no han descrito mejor la próxima ruína de París. Pondremos sólo lo principal, que es como sigue:

«Calderón cantaba: *Soñemos, alma, soñemos*. Yo he soñado también, y vi en sueños á París... Y como soñaba, hubo de brotar en mi mente febril la idea de aquel ángel de que habla el *Apocalipsis*, que puso un pie sobre el mar y otro sobre la tierra (1) y gritó.

Yo no puse ningún pie sobre la tierra ni sobre el mar; pero lancé un tan horrendo y desaforado grito, que los aires temblaron y todo se calló. ¡Caprichos desenfrenados de calenturienta fantasía! Y tras el grito y en el silencio, seguí clamando:

«Callen los franceses y callen los alemanes, y miren y admírense que ya se acerca al frente de los tercios españoles Alejandro Farnesio, y le rodean Juan de Austria, y Gonzalo de Córdoba, y Alba, y Bazán, y Leiva, y Espínola.....

¡Los franceses domesticados por España! ¡Los alemanes atados al yugo por España! ¡Viva España! ¡Este es el pueblo de Numancia y de Sagunto! ¡El de Lepanto y el de Otumba, el pueblo de los gigantes!!!»

Decir esto y estallar un millón de voces en torno mío, acompañadas de carcajadas insolentes, todo fué uno. Y esas voces pronunciaban nombres que no repetiré, y clamaban: «¡Fué un pueblo de gigantes; hoy es un pueblo de jorobados, de jorobados, de jorobados!!!.....»

Lo que pasó por mí entonces no lo sé; pero sé que

(1) El Gran Monarca, según el V. Holzhauser, como hemos visto en el capítulo precedente.

eché á correr, quiero decir, á volar, huyendo de aquella infernal gritería, y volaba con tan vertiginosa rapidez, que llegué á perder el sentido. . . . . .

. . . .

. . . .

Transcurrido poco ó mucho tiempo, me hallé otra vez en París, ó cerca de París, pues que estaba en el mismo, mismísimo, mirador de San Germán. Desde allí veía extenderse á mi izquierda la inmensa ciudad, y erguirse al fin de ella el blanco cerro de Montmartre.

Sin que nadie me lo dijese, sabía yo lo que pasaba. No estaban ya los alemanes bombardeando á París y coronando en Versalles á su rey; pero estaban allí cerca mirando cómo por manos francesas se terminaba la obra por los suyos comenzada: testigos impasibles de un duelo imponderable. ¡Oh, Dios mío, y lo que ví! Brillaba un cielo azul, y en él brillaba una hermosa luna entre blancas estrellas. La obra de Dios resplandecía en toda su majestad; la obra de los hombres, en medio de la paz de la naturaleza, en todo su horror.

UNA INMENSA NUBE DE HUMO ENVOLVÍA Á PARÍS: CAÍA INCESANTEMENTE SOBRE PARÍS UNA INMENSA LLUVIA DE CENIZAS.

La gran ciudad estaba ardiendo, y de entre las llamas se lanzaban, extremeciendo el aire, gemidos y alaridos y rugidos, y estruendo de ametralladoras y estampidos de cañones.....

Y al través de ella yo ví levantarse sobre Montmartre una figura colosal que asentaba los pies en aquel cerro, y escondía en las nubes su cabeza; y otra vez pensé en el ángel que se desprendió del cielo y puso un pie sobre la tierra y otro sobre el mar, para hablar al mundo en nombre de Dios.

Y ese ángel que vi, dió tres gritos, y hubo por algunos instantes silencio, bien que las llamas seguían

devorando los grandes monumentos, corona de París y envidia de Europa. Y dijo el ángel:

«Levántense sobre sus tronos los reyes y miren; y callen los pueblos y oigan, porque el Señor está hablando y haciendo grandes cosas.

»Esta Francia se hizo *sabia*, y prevaleciendo en orgullo, dijo en su corazón: no hay Dios; y aunque haya Dios, ¿quién contra mí?

»Y Dios se apartó de Francia y retiró su fuerza, y sintióse flaca la primogénita y cayó de rodillas ante la espada teutónica.

»Y dijeron los pueblos: ¿No eres tú la del millón de hombres armados, que ponías pavor en las naciones, y las congregabas para que admirasen tu sabiduría, ó para que estuviesen silenciosas les mostrabas tu larga espada?

»¿Cómo has caído del cielo, ¡oh Lucifer! tú que te levantabas soberbio por la mañana? ¿Quién te ha arrojado al abismo, ¡oh, reina del mundo!?

»Cayó, cayó la soberbia y se afirmó su abominación. No volvió los ojos al que podía levantarla, ni vistió el saco de penitencia.

»Carga sobre París la gran ramera.

»¿Por qué ahullas miserablemente? ¿Por qué te agitas, convulsa, entre dolores intolerables y desesperada?

»Esos hombres son los hijos de tu ciencia: tu civilización ha engendrado esos bárbaros.

»Tú les dijiste: «Sabios sois y libres; no miréis al cielo que es triste; mirad á la tierra que es hermosa. Reyes sois de la tierra».

»Y ellos han contestado: «Dios no existe, ó si existe, no le conocemos. Somos sabios y libres y reyes: *á nuestros muertos los enviaremos al sepulcro sin oraciones, y daremos al amor nuestras hijas;* pero dejadnos entrar ya en posesión de nuestra soberanía. Nos habéis quitado el cielo; dadnos la tierra».

»Y se levantaron en armas, y París es suya; París, la capital del universo.

»Carga sobre París la gran ramera.

»Babilonia y Nínive fueron tratadas con menos rigor, porque hijos tuyos son los que te despedazan, hijos tuyos son los que te queman.

»Si tus predilectos no te han de gozar, no quieren que nadie te goce.

»¡Ciudad miserable, estás ardiendo, para que vea el mundo la doctrina que engendra tigres, á la luz de tu incendio!

»¡Oid, aprended y temblad, oh reyes, oh pueblos de la

tierra! No bajan ya de las selvas del Norte los que se inclinaban ante una Cruz; de las entrañas de vuestras ciudades brotarán otros bárbaros después de rota la Cruz. ¿Quién los detendrá?

»El Señor dice: «Yo los detengo hoy y daré un nuevo »plazo; pero ¡ay de los que no se conviertan á mí! Me he »acordado de sus padres y usé misericordia; pero di á beber »del vaso de mi ira á ese pueblo que me olvidó, y el vaso »queda lleno, y puedo embriagar con él toda la tierra».

»Conviértete, París, conviértete á tu Señor y Dios, á quien olvidaste: y vosotros, ¡oh reyes! aprended; y aprended ¡oh pueblos! y ¡mirad á lo alto, que hay Dios en el cielo todavía!».

Dijo, y desapareció; y SIGUIÓ UNA INMENSA NUBE DE HUMO ENVOLVIENDO Á PARÍS Y CAYENDO SOBRE PARÍS UNA INMENSA LLUVIA DE CENIZAS».

Hasta aquí el inmortal Aparisi Guijarro. Sigamos con el testimonio de los hombres previsores, siquiera por falta de espacio tengamos que omitir muchos.

III

Lo que viene.

Previsiones de Lacordaire y De Maistre.

Para reproducir las del P. Lacordaire no necesitamos hojear los escritos de esta insigne lumbrera de la Orden Dominicana, pues cincuenta años ha que los investigadores de lo futuro dieron á conocer en diversas publicaciones las previsiones del gran sabio, y orador el más elocuente del siglo XIX, como le llamó Pío IX. Traducimos las siguientes de dos opúsculos publicados en Lyón, que á su vez las toman de *L'Ere Chretiènne,* revista escrita por el gran Lacordaire antes de su ingreso en religión. Decía, pues, por los años de 1848:

«Varios periódicos han insertado unos fragmentos de las obras de Proudhon; dudando nosotros de su exactitud, los hemos cotejado con el original, recorriendo los dos volúmenes en 8.º, publicados en 1846 por Proudhon con este título: *Systeme des contradictions economiques ou philosophiques de la misère.*

»Leyendo estas páginas que ofrecemos al público (y que nosotros no queremos copiar), hemos experimentado el mismo dolor que durante las luchas de estos últimos tiempos. La ilusión es aquí imposible; ya no se trata de pretendientes, ya no de monarquía ó de república; lo que vemos es una guerra de doctrina, un combate de la verdad contra la violencia, del orden contra la anarquia; es la lucha á que se entrega la sociedad desde que ésta empezó, pero que en nuestra época llega á ser lucha general, decisiva y sangrienta. Cuanto más avancemos, más irán confundiéndose los hombres y los partidos, para dividirse en dos campos. El bien y el mal tendrán sus campos distintos, y llegará un momento en que, los que no estén por Cristo, estarán contra él.

»Entonces se librará una batalla suprema, por la que se establecerá el reino de la civilización ó el reino de la barbarie. Este inevitable desenlace no está muy lejos. Escoja cada uno, y evitemos las sorpresas con la publicidad de lo que viene».

¿Qué plazo, poco más ó menos, daría el previsor Lacordaire á este desenlace, puesto que, en su opinión, *no estaba muy lejos* de los días en que esto escribió? Diez años antes marcó este plazo; decía en 1836:

«Hay guerra en Europa; pero no es guerra de pueblo á pueblo, ni de pueblos á reyes; esta guerra es más alta que los reyes, más alta que los pueblos, pues se libran sus batallas entre las dos formas mismas de la inteligencia humana, esto es, la fe y la razón; la fe, que por la Iglesia es una potencia, y la razón, que á sí misma se ha erigido en potencia, con sus jefes, sus asambleas, sus cátedras, sus sacramentos. En una palabra: *la guerra se libra entre la potencia católica y la potencia racionalista que se disputan el mundo.*

»La Prusia marcha á la cabeza del racionalismo europeo, cuyos efectos políticos, sin embargo, detesta ella cordialmente; pero ¿qué importa que los deteste, si emplea catorce millones de hombres para producirlo y sólo trescientos mil para contrarrestar sus efectos?

»La desproporción entre los cuerpos y el espíritu de Rusia es aun más notable. ¿Qué llevará Rusia al Oriente para constituirlo, y lo que es más difícil, para sacarlo de sus ruinas?... Le añadirá el cisma al cisma, la muerte á la muerte, y le dirá: «He aquí la copa que te emponzoñó; sentémonos á la misma mesa; bebamos y vivamos». La verdadera necesidad de Rusia, en el punto á donde ésta ha llegado, es hacerse católica, y lo será tan pronto como sus soberanos la dejen hacer.

»La potencia católica triunfará de la potencia racionalista, y salvará los pueblos que entonces le pedirán la vida...

»Nosotros no veremos estas maravillas, reservadas, si á Dios place, al amor humillado y desconocido. Al contrario, nosotros presenciaremos espectáculos muy tristes: el bien victorioso á veces del mal por la necesidad, y el mal recobrando su imperio del bien. Luchan en esta contienda elementos muy disparatados y en negra mezcolanza confundidos. **Un siglo no será demasiado para la ruda tarea de separarlos; nosotros moriremos antes de la paz;** pero no tenemos derecho á quejarnos de esto».

Dos tercios de siglo hace ya que el gran Lacordaire señaló este plazo; entramos en el último tercio,

y según él lo previó, empieza á librarse la batalla suprema entre el reino de la civilización y el de la barbarie, entre la potencia católica y la potencia racionalista. *Un siglo no será demasiado*, dijo; si aludía al siglo XIX, como interpretan algunos, la predicción es aun más notable, porque apenas amanecido el siglo XX, los dos ejércitos se han puesto frente á frente, decididos á luchar hasta que el uno sucumba.

Quién ha de triunfar, los católicos lo saben; *las puertas del infierno no prevalecerán contra ella:* es palabra de Dios.

(*Luz Católica*, núm. 60=21 Noviembre 1901).

Oigamos ahora al insigne sabio providencialista Conde J. de Maistre, que en sus *Veladas de San Petersburgo* dice así *(Velada XI):*

«Nunca puedo oir á sangre fría á los aturdidos del uno y del otro sexo exclamar: *¡luminismo!* á la menor palabra que exceda á su limitado alcance, con una ligereza é ignorancia capaces de apurar la más ejercitada paciencia... ¿Qué mal hay en que el hombre se esfuerce en penetrar los abismos de la gracia y de la bondad divina, á la manera que abre y penetra la tierra para sacar el oro y los diamantes?

Ahora más que nunca debemos ocuparnos de estas sublimes investigaciones; porque debemos estar prevenidos para *un acontecimiento inmenso* en el nuevo orden de cosas hacia el cual marchamos rápidamente y que debe espantar á todos los observadores. Apenas hay religión en la tierra, y el género humano no puede permanecer en este estado. Además, *tremendos oráculos anuncian que los tiempos han llegado ya...*

Muchos teólogos católicos han creído que en la revelación de San Juan se anuncian *sucesos de primer orden poco lejanos de nosotros;* y en cuanto á los teólogos protestantes, si en general se han dejado arrastrar por el espíritu de secta, no han faltado algunos que afirmaran que muchas de las profecías contenidas en el Apocalipsis *se refieren á nuestros tiempos.*

Tal vez no hay en Europa un hombre verdaderamente religioso, ME REFIERO Á LOS INSTRUÍDOS (no quiere cuentas con ciertos hinchados y desdichados críticos que blasfeman de lo que ignoran), que no espere hoy acontecimientos extraordinarios... ¿Creéis vosotros que es de despreciar este acuerdo de tantos y tales hombres? ¿No significa nada esa voz general que anuncia grandes cosas?...

La eterna ansiedad del hombre en querer penetrar lo porvenir, es una prueba cierta de que tiene derechos sobre este porvenir, y que cuenta con medios para descubrirlo, al menos en ciertas circunstancias... Gozando los Profetas del privilegio de sobreponerse al tiempo, y no estando sus ideas circunscritas á su duración, se tocan y confunden en virtud de la simple analogía, y dan á veces cierta ostentación á sus discursos. El Salvador mismo se sometió á este estado cuando, haciendo uso del espíritu profético, unió la destrucción de Jerusalén con la del mundo...

Este espíritu de querer penetrar lo porvenir es natural al hombre y jamás dejará de agitarse en el mundo... Si me preguntáis ahora qué cosa es ese espíriru profético, os responderé que *jamás han ocurrido en el mundo graves acontecimientos, sin que de un modo ú otro hayan sido anunciados.* Maquiavelo es el primero que conozco que ha sentado esta proposición (1); y si vosotros mismos reflexionáis, os convenceréis de que la aserción de este *piadoso* escritor está justificada por la historia.

Podéis ver en muchos escritos, pero principalmente en las notas que Pope añadió á su traducción en verso del *Pollion*, que esta pieza podría pasar por una versión de Isaías. ¿Por qué queréis que no suceda hoy lo mismo? El universo está esperando. ¿Cómo podríamos menospreciar esta general persuasión, y *con qué derecho condenaríamos á los hombres que, advertidos por señales divinas, se entregan á estas santas investigaciones?*

¿Queréis una prueba más de los grandes acontecimientos sociales que se avecinan? Buscadla en las ciencias; considerad atentamente el progreso de la química, y aun de la astronomía, y veréis á dónde nos conducen... Esperad que la afinidad natural de la religión y de la ciencia reuna éstas en la inteligencia de un solo hombre de ingenio, y lo veréis demostrado. *La aparición de este hombre no está lejana: tal vez el gran hombre existe ya* (2).

Famoso será este hombre y dará fin al siglo XVIII que

---

(1) El sabio providencialista De Maistre no tuvo presente que veintitrés siglos antes de Maquiavelo lo dijo el Profeta Amós con estas palabras: «¿Descargará acaso sobre la ciudad alguna calamidad que no sea por disposición del Señor? *Mas el Señor Dios no hace estas cosas sin revelarlo antes á los Profetas siervos suyos»* (AMÓS, c. III, 6, 7).

(2) Nos parece estar leyendo lo que dice San Francisco de Paula acerca de la sabiduría que hasta en ciencias naturales tendrá el restaurador. Consúltese la profecía del Santo.

todavía dura, porque los siglos intelectuales no se rigen por el calendario como los siglos propiamente dichos. Entonces, opiniones que hoy nos parecen excéntricas ó insensatas serán axiomas de que no podrá dudarse, y se hablará de nuestra estupidez actual como nosotros hablamos de la superstición de la Edad Media...

Entonces toda la ciencia cambiará de aspecto; el espíritu destronado y olvidado largo tiempo, recobrará su lugar, y quedará demostrado que las tradiciones antiguas son verdaderas y que el paganismo es un sistema que encierra grandes verdades, aunque desquiciadas y corrompidas, las cuales limpiadas y vueltas á su lugar, brillarán cual rayos de clara luz. En una palabra: día llegará en que, repuestas las ideas equivocadas, *se presente de todas partes una multitud de elegidos gritando:* ¡VENID, SEÑOR, VENID!

¿Por qué, pues, vituperáis á los hombres que se consagran á descubrir este majestuoso porvenir y fundan su gloria en adivinarlo? Como los poetas que en nuestros tiempos de debilidad y decrepitud presentan todavía algunos pálidos resplandores del espíritu profético, así los hombres espirituales experimentan alguna vez momentos de entusiasmo y de inspiración que les transportan á lo porvenir, permitiéndoles presentir los acontecimientos que el tiempo prepara á lo lejos... No vituperéis, pues, repito, á esos hombres que se ocupan y que hallan en la revelación misma razones para prever una revelación de revelación.

Todo anuncia no sé qué *grande unidad* hacia la cual caminamos á pasos agigantados... No me digáis que todo está ya dicho, todo revelado ya, y que no nos es dado esperar nada nuevo. Indudablemente, nada nos falta para que podamos salvarnos; pero en cuanto á lo que puede saberse por revelación, nos falta mucho; y en cuanto á las futuras modificaciones del mundo, bien veis que TENGO MIL RAZONES DE ESPERARLAS, al paso que VOSOTROS NO TENÉIS NI UNA SOLA PARA PROBARME LO CONTRARIO.

El judío que se atenía al sentido literal, creyendo en el reinado temporal del Mesías, podía tener razón; pero después del *suceso,* ha de conocer que no es así. ¿Sabemos acaso lo que á nosotros nos espera? *Dios será con nosotros hasta la consumación de los siglos; las puertas del infierno no prevalecerán contra la Iglesia,* etc. Eso sabemos cierto. ¿Y eso quiere decir que Dios se ha prohibido toda nueva manifestación, y que ya no quiere revelarnos más de lo que sabemos? Es preciso convenir en que este sería un modo de discurrir muy extraño».

Previsiones de Veuillot y Chateaubriand.

Pertenece al gran Veuillot lo siguiente:

«¿Cuánto tiempo durará esta guerra contra la Iglesia y cuál será el resultado? Dios lo sabe. Esas gentes blasfeman de la luz, ultrajan la virtud; han comprendido que la fuerza de la Iglesia está en el respeto que ella merece y en el bien que hace, y no quieren que la Iglesia sea respetada y que siga haciendo bien. Han decretado que para lo sucesivo la ciencia de la Iglesia ya no enseñe al ignorante; que la mano de la Iglesia ya no consuele al que llora; que el pan de la caridad ya no sacie al que tiene hambre.

¡Oh cristianos; combatid y orad! Combatid para que se vaya aplazando, siquiera por algún tiempo, la catástrofe que veo cercana; orad para que Dios abrevie su duración.

Ellos han querido anonadarnos, han cavado la fosa, abren un abismo: caerán en él y nosotros caeremos con ellos; pero ellos no se levantarán.

Señor, hay algo que me dice que los ojos de mi cuerpo no verán este día; pero lo han visto los ojos del alma y tengo en él una esperanza inquebrantable. Vos venceréis; Vos castigareis; Vos sois justo, y cuando Vos hayáis castigado, entonces brillará vuestra misericordia, potente, inmensa, infinita».

De igual modo se expresó Chateaubriand en varios de sus escritos. En muchas colecciones de profecías y pronósticos hemos leído estas palabras que escribió hace más de cincuenta años, anunciando el final de este corrompido mundo viejo y la aparición de uno nuevo.

«Un poderoso porvenir se prevé, libre con toda la plenitud de la igualdad evangélica; pero aun está más allá de nuestro horizonte visible. Antes que ese futuro sea presente, antes de llegar á la unidad de los pueblos y al imperio de la libertad cristiana, es necesario pasar por la descomposición social, por una época de anarquía, de sangre tal vez, y ciertamente de cobardías y defecciones. Esta descomposición ha empezado; pero hoy no está todavía en condiciones de hacer surgir de sus gérmenes un mundo nuevo».

El ilustre autor de *Los Mártires* y *El genio del*

Cristianismo decía también, en 1831, á la *Revue Européenne:*

«La sociedad religiosa se transformará como su divino Jefe; mas no desaparecerá, porque su principio es la vida sin fin. El Cristianismo empezó en las Catacumbas, perforó la tierra para subir á los templos, libertó la verdad filosófica aprisionada hacía más de tres mil años, extendióse con ella por ciudades y aldeas y dominó al mundo. Hoy se replega, deja poco á poco la muchedumbre, vuelve á entrar en las iglesias, bajará otra vez de ellas á las Catacumbas para salir de nuevo y brillar sobre la tierra... El Cristianismo volverá á la obscuridad de las criptas que reprodujeron las catedrales de la Edad Media; bajará al sepulcro del Salvador para avivar allí el fuego de su antorcha, y resucitar en el glorioso día de una Pascua nueva, y renovar una vez más la faz del mundo».

No vamos á poner aquí una colección de previsiones tan claras como las precedentes; mas si eso nos propusiéramos, tal vez no nos quedaríamos en un centenar. Harto más de ciento son los autores, ora sacerdotes eminentes, ora seglares no menos ilustres, que han publicado trabajos apologéticos sobre las profecías relativas á nuestros tiempos: sólo con tomar lo que ellos dicen llenaríamos varios volúmenes. ¿Qué dicen, pues, los incrédulos ante un número tan considerable de testimonios?

Otros hombres eminentes hay que, sin ser apologistas de los profetas, sin ser ellos mismos profetas, han confirmado con sus luminosas previsiones todo cuanto dicen los profetas. Recordamos ahora los nombres del Cardenal d'Ailly, Lamartine, Leibnitz, Donoso Cortés, Balmes, Pedro Turrel, Francisco Navarro, Ricardo Roussat, César Cantú, Pío IX, León XIII; y mil más recordaríamos á poco que nos entretuviéramos.

Cierto que la mayoría de ellos se refiere á la inminente subversión general y al fin de ella, sin aludir á la persona de quien la haya de acabar y repararlo todo; mas no por esto debe convenirse en lo que decía un colega católico con estas palabras:

«Hemos dicho siempre á los católicos españoles, y lo hemos repetido hasta la pesadez, y lo volveremos á repetir cuando sea oportuno, que *el remedio de España no está en que aparezca un hombre, sino en que haya muchos hombres que trabajen sin desalentarse y puesto el corazón en Dios* contra la tiranía insoportable de los partidos liberales que han destrozado y deshonrado á nuestra patria, que bajo su mando, y víctima de los errores y de los horrores de tales partidos, está sufriendo muerte y pasión y amenazada de mayores males».

Sin cabeza no hay cuerpo; moralmente podrá haber un cuerpo acéfalo; pero los cuerpos acéfalos sirven para maldita la cosa. Por lo demás, la afirmación del colega, históricamente considerada, es una utopía, y religiosamente no puede realizarse sin un milagro. Toda la historia está contra tal afirmación; nunca las naciones se han salvado sin la dirección de una persona moral ó física, amante de la Patria y enemiga de los partidos.

Por lo demás, aun nos falta decir mucho sobre el testimonio de los hombres previsores. Más de un nombre ilustre hemos de citar, que por la especial índole de sus previsiones reservamos para otros capítulos.

Ahora sigan las razonadísimas previsiones de otros dos ingenios de nuestros días.

El Imperio universal y la paz (1).

A 7 de Abril de 1899,—pasa ya de cuatro años,—escribíamos en nuestras *Memorias, impresiones y pronósticos,* en París, lo siguiente, que fué ya publicado por *Luz Católica:*

«Parece que, por fin, se ha enviado ya á las Potencias el definitivo programa del desarme ó *paz del Zar*, que deberá discutirse en las próximas conferencias de La Haya. Tiene ocho puntos; pero yo me fijo no más en los tres siguientes (son el 2.°, 3.° y 4.°):

En otras ocasiones, sobre todo en cartas y en dos de mis

---

(1) Artículo tomado de *La Señal de la Victoria,* núm. 2=8 de Octubre de 1903.

artículos para Colombia, expresé mi opinión sobre los ilusorios proyectos del Zar; ratifico mi parecer.

Si estos puntos se aprobasen y admitiesen, España no se salvaría sino á fuerza de milagros, y tampoco Europa, y eso no puede ser. La fuerza bruta ha servido para violar todos los derechos y cometer los grandes latrocinios é impiedades de que se enorgullecen los Estados modernos: la fuerza, no bruta, sino científica, ha de servir ahora para que los oprimidos se tomen venganza y la justicia de Dios sea satisfecha.

Nótase que las naciones menos opuestas al desarme ó *paz del Zar* son las que más han perdido y menos pueden hoy; las valientes y bravuconas, las que quieren guardar lo robado y robar más, esas no parecen serle favorables, y esas harán salir la guerra de las Conferencias para la paz; no se pondrán de acuerdo, por razones de egoísmo, y esto acelerará la guerra (europea).

Y será previdencia de Dios.

No, los puntos copiados no se admitirán, no pueden admitirse, ni nada que sea desarme y paz; y si se admitieran, peor para los Estados, que entonces pensarían poder gozar sin zozobra de sus depredaciones horrendas. ¡No, no ha de triunfar el demonio disfrazado de ángel de luz!

A la sombra del progreso se ha hecho guerra á Dios; Dios se valdrá ahora del verdadero progreso para que la guerra hunda á los que de él han abusado tan impiamente.

La paz ha de venir cuando la dé en nombre de Dios el futuro Rey de España, una vez que los impíos sean exterminados. Entonces se levantarán unos reinos y caerán otros, de suerte que sus fuerzas compensadas produzcan un verdadero equilibrio; porque si bien el imperio español será inmenso, no habrá que temer, pues nunca España invadió las naciones civilizadas para engrandecerse con los despojos de ellas».

Este último párrafo es quizá el más autorizado de todos, porque expresa fielmente los vaticinios de multitud de grandes profetas y los presentimientos de multitud de sabios previsores.

Por lo demás, los acontecimientos han confirmado hasta hoy, palabra por palabra, lo que sobre las conferencias de La Haya veíamos y predecíamos antes que se celebrasen, y los acontecimientos venideros confirmarán lo que está por cumplir; mas atendiendo á que tal vez muchos de nuestros lectores no tengan claras noticias del resultado de dichas conferencias,

vamos á dárselas brevemente con un distinguido catedrático de esta Universidad de Valencia.

Nos referimos al muy ilustrado D. Luís Gestoso y Acosta, catedrático de Derecho Internacional, á cuya inspiración y elocuente palabra fué confiado el discurso de apertura del presente curso 1903-1904. Publicóse hace poco este magnífico discurso, y de él tomamos los siguientes párrafos, que recomendamos á la atenta consideración de nuestros lectores:

«Expuestos á grandes rasgos los resultados definitivos de la Conferencia del Haya, llega el caso de pronunciar acerca de ella un juicio que pueda servirnos de regla práctica de conducta. ¿Está resuelto el problema de la paz? ¿Podemos en España tener fe ciega en la eficacia de los acuerdos de aquella Conferencia publicada en la *Gaceta* de Madrid como leyes patrias? ¿Se puede aceptar el presupuesto de la paz como querían algunos políticos en 1890? He aquí la difícil cuestión que deseo resolver en esta solemnidad; y que dicha cuestión es difícil, lo revelan las mismas frases pronunciadas por algunos de los más conspicuos políticos asistentes á la Conferencia: «*Ni escepticismo, ni impacencia*», contestaba Mr. León Bourgeois á sus compatriotas cuando al regresar del Haya le preguntaban por las esperanzas que Francia podría abrigar en los acuerdos de la Conferencia.

«En el momento actual es prematuro el juzgar en conjunto una obra apenas terminada...» «Cuanto más tiempo pase, más clara aparecerá su importancia...» «La buena semilla está sembrada; dejemos que llegue el momento de recogerla», decía en un discurso de despedida el experimentado diplomático Mr. Staal, presidente de la Conferencia (1).

En el fondo de estas palabras yo veo el mismo pensamiento: la vacilación, la duda, respecto á la eficacia de los acuerdos de esta reunión diplomática; acuerdos criticados desde luego por los partidarios de la guerra y por los partidarios de la paz, á ninguno de los cuales ha satisfecho la obra de la Conferencia.

Teodoro Mommsen ha dicho que la Conferencia de la paz le producía el efecto de «un total desconocimiento de la historia universal»; Sidney Low ha escrito sendos artículos en la *Nineteenth Century* acerca de las «hipocresías de la Conferencia de la paz».

---

(1) «Conference de la Paix», Pág. 213.

Max Nordau, el apóstol del socialismo, afirmaba que la guerra duraría tanto como el mundo y que sólo podía aspirarse á humanizarla y á dificultarla, haciéndola menos frecuente *(Deustche Rundschau*, Abril de 1899); y los doctores alemanes Stengel y Zorn, este último delegado alemán en la Conferencia, sin perjuicio de rectificar algo sus exageraciones, según puede verse en *Le temps* de los días 1.º y 24 de Mayo del 99; Crispi en la *Nova Antologia*, y el Conde de Tolstoi en la revista alemana *Zu kunft*, consideraban también la Conferencia como una demostración vana y de puro aparato, que no conduciría á ningún resultado práctico.

En realidad, los trabajos todos de la Conferencia están inspirados en el principio de la soberanía absoluta de cada nación, sin que el reconocimiento de la solidaridad internacional colocado en el preámbulo ó frontispicio del Convenio relativo á la paz, modifique ni restrinja en lo más mínimo esa soberana independencia, ni exija sacrificios de ningún género. Obedece, á mi juicio, este sentido de los documentos emanados de la Conferencia, á las opiniones de Mr. de Martens, inspirador del proyecto ruso discutido constantemente en las reuniones de la tercera Comisión, como base ó programa de los trabajos de aquélla. Ahora bien: ¿cómo es posible obtener los beneficios de una paz duradera y estable sin sacrificar nada? ¿Cómo ha de ser posible vivir en el estado natural, que dice Kant, ó estado no jurídico, para pasar á él si conviene y volver al estado no jurídico si deja de convenir el estado jurídico? El concepto de unión libre y voluntaria de las naciones, dentro de la cual se disfruta de todos los derechos soberanos, sin perder ninguna de ellas lo que cualquier persona al entrar á formar parte de una colectividad, es en la práctica irrealizable, y aunque el pensamiento de Kant (1) de la *alianza pacífica* de las naciones *(faedus pacificum)* para terminar las guerras, alianza que no establecería dominación de estado á estado, pero cuyo efecto sería garantizar la libertad de cada estado particular de la asociación, sin que tuviese ninguno que someterse á la coacción legal de un poder público, parezca muy aceptable, como á primera vista lo parece también el de la comunidad internacional de Mr. de Martens, es lo cierto que ambos conceptos de alianza pacífica y comunidad internacional son puramente *utópicos*, en cuanto prescinden de aquel apotegma jurídico: *nullum officium sine jus*: «no hay derechos sin deberes, y viceversa». Diremos, pues, con Lavelaye: «*Llegará tiempo en que se establecerá la*

(1) Kant, «Ensayo filosófico sobre la paz perpetua», y «Principios metafísicos», párrafos 54 y 61.

federación de los pueblos, pero no ha sonado la hora» (1). Si el estado superior de las naciones llega á constituirse, *será bajo la forma federal, y entonces habrá un poder capaz de hacer cumplir las leyes y de cohibir á los elementos de desorden si pretenden infringirlas;* entonces los diversos procedimientos para realizar el derecho habrán de aceptarse necesariamente, y no tendrán el carácter puramente facultativo que se les concede por el acta de 1899.

Este sistema federal que liga hoy á muchas naciones, es el que debe extenderse á las grandes potencias, á esos Estados que se creen con derecho de imponer leyes á los más pequeños y de no recibirlas de nadie, y á entrar en esa gran federación debe impulsarlas el hecho de ser todas ellas solidarias ó interdependientes. De otro modo, el reconocimiento de la solidaridad no tiene alcance de ningún género, ni arrastra el cumplimiento de deber alguno, lo cual es contrario al principio jurídico: *Ubi societas ibi jus.*

No debe extrañarnos, pues, que los pacíficos hayan quedado también descontentos de la obra de la Conferencia: esperaban éstos el desarme de los ejércitos europeos, el cierre de todos los arsenales y establecimientos de industria militar, el arbitraje ó la mediación obligatorios, para entenderse en todos los asuntos, bajo la base del respeto al Derecho de gentes, y se les ha contestado que por razones técnicas no es posible desarmar en ninguna nación, sin organizar la defensa nacional bajo otras bases (2) diferentes de las actuales; que los medios pacíficos sólo tienen aplicación cuando los interesados los juzgan útiles; finalmente, que por cima del Derecho internacional están la dignidad y el honor de las naciones, y que tampoco es posible cumplir con la justicia mientras mantengan pretensiones antagónicas y existan problemas sin resolver, como el de la Alsacia Lorena, el del Extremo Oriente y el de los Balkanes, amén de otros como el de la expansión colonial por ese mundo, que aun es considerado como cosa *nullius.*

¿Hemos de desmayar, por todo lo dicho, en la empresa de estudiar el derecho de gentes y en procurar los medios de que sea reconocido y aplicado?... De ninguna manera. Veo que por cima de las rivalidades, disputas y contraversias humanas, está el Todopoderso, que con aquel *fiat* de la Creación, es la causa de todo lo existente. El ha creado al hombre, y propa-

---

(1) «Des causes actuelles de guerre en Europe et de l'arbitrage».
(2) «Conference de la Paix», Págs. 84, 2.ª Parte, y 42, 2.ª Comisión.

gando la especie humana por la haz de la tierra, ha formado también las Naciones; por esto Laurent ha dicho: «las Naciones son de Dios»: y, efectivamente, hay que reconocer que su origen y desenvolvimiento forman parte del plan divino respecto á la creación del Universo. *Hay que elevar* el principio de nacionalidad á la categoría de principio de derecho divino, y la Sagrada Escritura está llena de pasajes (1) que, á mi juicio, confirman esta verdad; hay que desarrollar en la vida política las consecuencias que se derivan de este principio; existen leyes de justicia y leyes de amor entre las naciones, y *los apóstoles y propagandistas de esas leyes no pueden ser considerados como visionarios: tienen derecho á la estimación y al respeto de todos.*

La Providencia divina vela por nosotros si nos hacemos dignos de su protección, y el progreso en todos los órdenes de la vida social, incluso en el orden de la política exterior, será el premio reservado à los pueblos observantes de las divinas enseñanzas, mientras los prevaricadores serán el blanco de la ira de Dios. La misión, pues, que nos incumbe á los maestros de las ciencias políticas es la de propagar las ideas pacíficas, procurar con todas nuestras fuerzas la concordia y el empleo de todos los medios propuestos por aquellas ciencias para conseguirla; pero, al mismo tiempo, no aconsejar el abandono de los trabajos de preparación para la guerra, echándonos en brazos de un cobarde y letal optimismo. «*Se busca á los fuertes y se respeta á los fuertes* (acaba de decir en el banquete de Montelimar Mr. E. Loubet, el presidente francés), y por ello es indispensable atender á que el Ejército lo sea, porque un ejército fuerte asegura el sostenimiento de la paz». O lo que es igual: *si vis pacem para bellum.*

No hay oposición entre ambos términos: la justicia, como virtud moral, consiste, ante todo, en amar la paz y en desearla también para los demás; pero si los elementos de perturbación ó de discordia nos la niegan y procuran arrebatarnos aquel *bien*, privándonos de nuestros derechos más preciados, entonces la justicia consiste en hacer la guerra para conseguir el triunfo del derecho, que es en definitiva el *bien* de las personas individuales y sociales.

Para concluir, séame permitido dirigir mi palabra á esa juventud estudiosa que está destinada á proporcionar días venturosos y de gloria á nuestra querida patria; á esa juven-

---

(1) Por ejemplo, el Salmo profético 109, versículos 6 y 7, de los cuales se desprende que subsistirán las naciones al fin de los tiempos para ser juzgadas por Dios.

tud que guarda todavía aquella gloriosa enseña (1) que tremolaron sus antecesores para vencer al César francés, cuando hace poco menos de un siglo pretendió sojuzgar la independencia nacional con sus aguerridas huestes. Vosotros, especialmente los de las Facultades de Filosofía y Jurisprudencia, no olvidéis que los trabajos de la Conferencia del Haya son una semilla arrojada por la diplomacia en el campo de la opinión pública de Europa, y que esta semilla puede germinar felizmente bajo la acción de diversos agentes é influencias ó puede malograrse por entero, y entonces pudieran la discordia y la guerra devastar de nuevo *este suelo ibérico donde tantos problemas internacionales se han resuelto*. No temáis la guerra, como no la temieron nuestros padres; temed, sí, la corrupción de las costumbres, de los caracteres legendarios de aquéllos, de las gloriosas Tradiciones nacionales; temed la degeneración de aquellas virtudes que poseyeron nuestros mayores, en los vicios que provocan la cólera divina; temed á estos grandes enemigos de las almas y de la vida del espíritu, pero no temáis á los que sólo pueden matar este cuerpo deleznable y perecedero; no temáis esos artefactos que exhibe el Museo de la guerra y de la paz de Berna para intimidar á los amigos de la guerra y sugestionar á los de la paz, haciéndoles soñar en la edad de oro que pintaron los poetas. Imitad á esa juventud alemana que cultiva igualmente las artes de la guerra y de la paz, hermanando el manejo del libro con el fusil, y no perdáis de vista el triste cuadro que ofrecen aun en nuestro siglo las naciones oprimidas.

Recordad que los romanos emplearon una sola palabra para designar la virtud y el valor: sed sobrios y austeros en vuestras costumbres, y seréis perseverantes en el estudio, fijando en él la atención constante que no pueden emplear los viciosos y disipados; porque sin grandes esfuerzos, sin constancia y sin vigilias, no puede alcanzarse el deseado término, no puede llegarse á la meta, que es la sabiduría, madre del verdadero valor, del valor de los hombres científicos, para quienes siempre será loable: *Defendere patriam terram, armis atque virtute*».

Hasta aquí el sabio internacionalista católico don Luis Gestoso y Acosta, cuyo discurso es todo muy de estudiar, por los sólidos y originales raciocinios con que corrobora la creciente aspiración general á un im-

---

(1) La bandera del Batallón de estudiantes artilleros, existente en la Biblioteca provincial y universitaria de Valencia.

perio universal federativo, único que puede dar duradera paz al mundo, pese á las buenas intenciones de los conferenciantes de La Haya.

En otras ocasiones hemos presentado á sabios previsores de entero acuerdo, por sola su luz natural, con lo que predijeron antiguos profetas por luz infusa. Hoy hemos añadido uno más; el de D. Luis Gestoso, que es muy de tener en cuenta cuando de los profetas se hace tan poco caso. Unos y otros coinciden en que se acercan los días del establecimiento de un imperio universal federativo y mantenedor de la paz del universo. He ahí el imperio del príncipe á quien los profetas llaman GRAN MONARCA.

Fin de una monarquía.—Paso de una república.—Principio de un imperio (1).

En el artículo anterior hemos dado algunos pronósticos nuestros, relativos á la paz y al imperio universal, seguidos de la preciosa confirmación que les da el magnífico discurso académico de D. Luis Gestoso. Vamos á ratificarlo todo aquí—siquiera varíe un poco la forma de presentarlo,—con la indiscutible autoridad de un autor eminente.

Saben muy bien nuestros lectores que estamos repitiendo hace años, en gran parte de nuestros escritos, que Alfonso XIII se va; que la república masónica viene; que España es el pueblo providencial y llave histórica de los destinos del mundo; que en España se ha de ventilar la próxima y sangrienta contienda de las armas europeas; que España ha de dar la paz al mundo, con el hombre providencial que Dios destinó á reparar los estragos de la impiedad dominante y de la guerra europea; que España ha de ser la metrópoli de un imperio universal; y que nin-

(1) Artículo publicado en *La Señal de la Victoria*, núm. 3=15 Octubre 1903.

gún partido es llamado á conseguir esa inmensa victoria, sino el ejército católico peleando bajo la bandera de la santa Cruz.

Sería demasiado largo el citar los textos: pongamos solamente dos ó tres de los comentarios sobre el libro IV de Esdras, que son los que más hacen hoy á nuestro intento:

«*Breve reinado de Alfonso XIII.*—Desde aquí es futuro lo que nos va á decir el Profeta. Viene el reinado de Alfonso XIII, y muy luego desaparece del gobierno hasta la sombra de catolicismo; ya no quieren los imperantes ser católico-liberales; son liberales á secas, pero liberales furiosos contra la Iglesia. Lucha la república; pero no vence hasta que sobrevengan los acontecimientos que se anunciarán al principio del capítulo XII. Antes aparece ya la figura del Gran Monarca, simbolizado por un león: es un símbolo; pocos entienden la realidad simbolizada». . . . .

«Mas levantándose la demagogia en virtud de la falsa cabeza de soberanía ó derecho popular, y por otro lado, clamando todas las personas sensatas para que cesase la gran impiedad de los ministros de Alfonso XIII, prevaleció la república; el derecho de la fuerza triunfó de la fuerza del derecho; la revolución del orden; la demagogia de la monarquía; en una palabra, la cabeza de la fuerza devoró lo poco que nos quedaba de legalidad razonable, quedando España á merced de la masonería anárquico-socialista. Ningún partido se halló apto para salvarla». . . . .

«Mientras el Gran Monarca, figurado por el león salido de la selva, apostrofa al águila ó monarquía española con la santa y sublime ira que nos ha descubierto el último § del capítulo XI, triunfa en España la masonería *libertaria* con título de república; lo cual, según una profecía que ya conocen nuestros lectores, será la señal de que empieza la subversión europea, como lo fué en 1869 con la *Tripartita liberal*, que tuvo la forma y todos los malos hechos de las peores repúblicas sin tener el nombre. Los tiempos que vienen serán muy semejantes á aquellos... Esdras ve á España convertida en un infierno. No hay carlistas ni alfonsinos que la salven: el Profeta se sobrecoge, teme, duda hasta de la misión á que se conoce llamado; pero acude á la oración, instando al Señor para que le dé valor é inteligencia, ya que le ha distinguido confiándole tan ardua misión, y el Señor le atiende».

Pues bien; si de una autorizadísima confirmación más necesitaban estas previsiones, esa se la dió hace poco un varón eminente en sabiduría, honor de las ciencias eclesiásticas y de las patrias letras. Es el muy ilustre Sr. Dr. D. Ramiro Fernández Valbuena, amigo nuestro queridísimo y venerado, Canónigo Penitenciario de la Santa Iglesia Primada y Prefecto de Estudios del Seminario-Universidad de Toledo.

Este preclaro autor de *Egipto y Asiria resucitados* y de una multitud de obras á cuál más importante, en la última que ha publicado—*La voz de la Iglesia Española*—desarrolla los indicados asuntos con relativa brevedad, pero con una lucidez tan grande como suya, y entre mil cosas que recomendamos vivamente á nuestros amigos, dice lo que copiamos á continuación, con sus propias notas:

«¿Qué sucederá con D. Alfonso XIII? No es difícil predecirlo, y desde luego puede cualquiera afirmarlo sin ser profeta. A D. Alfonso le solicitarán los masones, como solicitaron á su padre y á su abuela y á su bisabuelo, *instanter, instantius, instantissime;* y desde muy pronto comenzarán las solicitaciones. Entonces D. Alfonso aceptará ó no aceptará; pero en un caso ó en otro el resultado va á ser igual, ó casi igual, para la Iglesia y aun para la sociedad. Nos complacemos en creer que ha de echar enhoramala á los tentadores, y para ello nos fundamos en la educación religiosa que ha recibido de su madre y sus maestros; pues todos ellos han sido varones piadosos, aunque quizá no con aquella piedad robusta que Doña Blanca de Castilla infiltró en el ánimo de su hijo Luís IX (el Santo), á quien decía que quería mejor verle muerto que cometiendo un pecado mortal; ni con la piedad varonil de Doña Berenguela, quien enseñó á San Fernando á llevar la leña para las hogueras en que se quemaban los herejes; ni siquiera con aquella otra verdaderamente española, que decía no querer reinar si había de ser sobre enemigos de Dios, como más de una vez repitió Felipe II; antes bien, tememos que las máximas de la piedad en que fué educado D. Alfonso XIII se hallen contenidas virtualmente en la frase de su padre Alfonso XII, «católico como nuestros antepasados y liberal como nuestro siglo». A pesar de todo, confiamos en que Don Alfonso no se dejará seducir ni por los halagos ni por las amenazas de la secta masónica; ya que ésta, si no bastan los pri-

meros, recurrirá á las segundas segurísimamente, como suele hacer, imitando á los emperadores gentiles en su luchas con los mártires cristianos.

Esperamos, pues, confiadamente que D. Alfonso no se dejará engañar ni intimidar. Ahora bien; sucederá que si no pueden prenderle en las redes masónicas, la secta no parará hasta haberle destronado, como hizo con su abuela, si es que antes no le hace llegar al valle de las acacias por medios violentos, según lo intentó con Isabel II. Mas si, por desgracia suya, D. Alfonso se dejara prender en las redes masónicas, no por eso había de verse libre de las caricias de sus hermanos∴; porque en el instante en que quisiera sacudir su yugo ignominioso, habrían de tomar de él terrible venganza, ó destronándolo ó matándolo, según hicieron con Gambeta desde el momento en que dejó de obedecer las órdenes emanadas de las logias.

Hay en España dos partidos (1), mejor diríamos, dos fuerzas que se disputan el predominio en la sociedad, que luchan desesperadamente hasta que una de ellas sea por completo aniquilada; dos fuerzas que no se conforman con ganar una ni muchas batallas, porque no desistirán hasta haber ganado una de ellas la campaña. Estas dos fuerzas son: la Iglesia Católica, por un lado, y la Sinagoga de Satanás por otro. Cierto que la lucha no es peculiar de España, sino común á todo el mundo civilizado; pero no lo es menos que ambos combatientes esperan triunfar en definitiva si logran el triunfo en nuestra península, *donde se han resuelto todas las crisis sociales* (2).

---

(1) Las demás agrupaciones que con el nombre de partidos pululan entre nosotros, no merecen que se las tenga en cuenta ante la magnitud de las dos fundamentales de que se habla en el texto; ni conservadores, ni fusionistas, ni demócratas, ni republicanos, ni monárquicos, ni carlistas, ni integristas, ni alfonsinos, ni ninguna de tantas fracciones en que se hallan divididos los españoles, tienen importancia alguna fuera de las dos grandes síntesis de católicos y acatólicos; y solamente pueden significar algo en cuanto que con sus fuerzas aumenten la de uno de aquellos fundamentales centros de acción. Ya no es la lucha de menudencias; se trabaja por la victoria definitiva entre el principio bueno y el principio malo; entre Jesús y Belial, y no hay medio hábil de sustraerse á los hechos, porque no cabe neutralidad y hace mucho tiempo que está escrito: «El que no está conmigo está contra mí: el que conmigo no recoge, desparrama».

(2) El templo de Jano no se cerró hasta que Augusto dominó los astures en la batalla del Astura (Esla), apoderándose de Lancia. Los primeros bárbaros que constituyeron un reino estable y se asimi-

Véase cómo se expresaban los masones en 1884, según publicó la *Gaceta de Francia* y reprodujo *La Fe*, periódico de Madrid, en 26 de Marzo del mismo año: «Estando presentes los delegados de todos los países, se ha decidido en asamblea general de las logias lo que sigue: «Descristianizar á Francia por todos los medios, pero sobre todo ahogando poco á poco el catolicismo por medio de leyes contra el Clero, y llegar así hasta la clausura de las Iglesias (1).... En España, pueblo fanático y amigo de curas; pueblo cuyo fanatismo ha sobreexcitado la guerra civil, es preciso.... procurar la desconsideración del clero por todos los medios, imputarle crímenes, incendios.... Los miembros de los parlamentos y de las logias deben viajar y hacer propaganda (2). *Los socialistas alemanes y los nihilistas aseguran que, una vez consumada la revolución en España, será indestructible*». Eso mismo había dicho la *Suprema Venta Carbonaria* en 1822, y sin duda de sus hermanos carbonarios tomaron le receta y la confesión los masones en 1884.

En España, pues, se va á dar, ó mejor dicho, se está dando la gran batalla, y *aquí se resolverán nuevamente los destinos*

---

laron la civilización cristiano-latina fueron los visigodos. Los que dieron el golpe de gracia á los árabes que amenazaban concluir con la civilización cristiana, fueron los españoles. Los que detuvieron el ímpetu de los turcos que parecía irresistible, no otros fueron sino los mismos españoles; el protestantismo se estrelló contra los Pirineos, sin poder llegar hasta nosotros; y por último la revolución francesa aquí sucumbió, cuando toda Europa callaba en presencia del corso. Claro está que sería una vanidad necia atribuirnos este papel de vencedores en las crisis supremas, si prescindiéramos del orden providencial que rige y gobierna el mundo. Pero no prescindimos, sino al contrario, en él fiamos, como confiaban nuestros padres, que solían decir: «A Dios rogando y con el mazo dando».

(1) Eso es precisamente lo que en estos momentos (22 de Mayo) piden á grito pelado los radicales franceses; la clausura de los templos católicos. «Cerrad todas las iglesias», grita *La Lanterne*; «perseguid al cura como á un enemigo mortal», barbota el diputado Dumont en una reunión política de Rouen. ¿No se ve aquí el cumplimiento de los deseos masónicos expresados en 1884? Por su parte el Gobierno francés ha mandado cerrar todas las iglesias que él llama «no concordadas», incluyendo en ellas hasta los oratorios de particulares.

(2) También estos dos puntos del programa se cumplen entre nosotros con los viajes de propaganda emprendidos por las provincias españolas por varios miembros influyentes de la masonería y del Parlamento, y con la ayuda de algunos masones franceses, venidos expprofeso para ese fin. Respecto á imputación de crímenes al clero, bastante hemos dicho.

de la humanidad. El programa masónico se va cumpliendo al pie de la letra. Las inicuas leyes francesas contra las congregaciones, los atropellos contra el Episcopado y el Clero, la agitación italiana con motivo del divorcio, la que en nuestra casa tuvimos hace poco con el nombre de clericalismo, no son sino etapas de una misma jornada, escaramuzas que preceden siempre á los grandes combates, ensayos de movilización de las fuerzas que se quiere arrojar contra la Iglesia. Agréguese á todo esto el movimiento huelguista, excitado y apoyado por la masonería, que tiene en continua alarma á los ciudadanos pacíficos, y se verá que no exageramos al decir que los actuales momentos de calma relativa (1) son como aquellos en que, después de comenzar una tempestad, parece que se serena el cielo, y entretanto llega el huracán y todo lo arrasa. Vamos marchando á pasos de gigante hacia la república masónica (2), que dará al traste con el trono de D. Al-

(1) El lector podrá explicarse lo que ocurre teniendo presente el siguiente *aviso* que dió á los H H.·. la *Revue Maçonique* en Noviembre próximo pasado, revista que dice entre otras cosas: «Con ocasión de las grandes reuniones masónicas, haremos observar cuán importante es el deber de la prudencia. *Una acción demasiado enérgica en las cosas del Gobierno puede perjudicar*» (pág. 70). De eso á proclamar á voz en cuello el fariseísmo como norma de conducta no va lo negro de una uña. Así se explica la parada en firme de monsieur Combes, al defender el presupuesto eclesiástico y la continuación del Concordato; y así se explican también otras varias paradas y contenciones. *¡La prudencia es una hermosa virtud!*

(2) Escribíase esto á principios de Febrero, y un amigo que entró cuando se terminaba el párrafo, soltó la carcajada al oir su lectura. Pero llegó el 25 de Marzo, y los republicanos proclamaron en su asamblea de Madrid la jefatura única de Salmerón, cuando todo el mundo creía que no llegarían á entenderse, según había ocurrido otras veces. La impresión producida por aquella asamblea puede colegirse de lo que dice *El Correo Español*, periódico el más antirrepublicano quizá de cuantos se publican en España. En vista de lo que fué aquella reunión, escribió: «Los republicanos, uniéndose en una asamblea, formidable por su número y por su entusiasmo, con una unión que si en los intelectuales de la República parece inconsciente, por lo mismo que no tiene afirmaciones ni programa común, en las masas... en las muchedumbres, que seguían por instintos de destrucción y de odio, en esas es unión de entusiasmo, y de rencores al Trono y al Altar. ¡Y Dios sabe lo que pueden alcanzar esas pasiones desatadas contra un objetivo común, cuando los vientos de la cólera divina las empujan!».

Pues bien; cuando el amigo de referencia nos encontró en la calle después de la reunión republicana, nos dijo: «¡Me parece va á acertar usted en sus cálculos sobre la próxima venida de la República», contentándonos por nuestra parte con replicarle: *Majora videbis.*

fonso y moverá á la Iglesia fiera persecución, de la cual no pueden formarse idea los que no conocen los odios de Luzbel contra el Cordero; sin que sean capaces á detenerla ni el Gobierno actual ni los que le sucedan, aun cuando el rey haga esfuerzos inútiles, por lo tardíos, y salga á la defensa de la Iglesia Católica.

Purificada la atmósfera y satisfecha la divina justicia, brillará espléndido el sol sobre nuestro horizonte y la sociedad entrará de nuevo en un estado normal desde haee mucho tiempo desconocido. ¿Por medio de quién? Esa pregunta es inútil, porque «Dios puede hacer de las piedras hijos de Abraham». Cualquiera puede ser instrumento de salvación en manos del Omnipotente; un pastor como David ó Viriato; un hospiciano como Jepté ó D. Juan de Austria (1); un sacerdote como Matatías ó Cisneros; un labrador como Gedeón ó el alcalde de Móstoles; una mujer como Débora y Judith ó Zaragoza y Pita; un príncipe como Zorobabel ó D. Pelayo. Sin gobierno y sin ejército quedamos después del Guadalete, y no faltó quien se pusiera al frente de los voluntarios que luchaban en Valencia, en Asturias y en Aragón; algunos fueron vencidos, pero otros vencieron y arrojaron la morisma al Africa. Sin ejército, sin dinero, sin rey nos hallábamos el año 8, y en todas partes surgieron como por encanto guerrilleros que declararon la guerra á Napoleón y lo derrotaron, haciendo repasar la frontera á las reliquias de sus numerosos y aguerridos soldados. ¿Por qué, pues, hemos de desconfiar ahora? No se acortó el brazo de Dios, y las energías latentes y medio atrofiadas por una política pésima de más de un siglo renacerán en nuestra raza y asombrarán de nuevo al mundo con sus heroísmos.

¿Quando haec erunt?, nos preguntáis. Y os respondemos con las mismas palabras con que el Salvador del mundo satisfizo la curiosidad de sus discípulos al dirigirle esa misma pregunta: «No pasará la presente generación hasta que todo eso tenga cumplimiento», y poco ha de vivir el que no lo vea. Es muy antiguo el principio de Física que dice: *Motus in fine velotior;* y al que compare la España de hoy con la España de hace veinte años, no le parecerá irracional y sin fundamento nuestra afirmación, antes bien la reputará como con-

---

(1) Ya comprenderá el lector en qué sentido usamos en el texto la voz *hospiciano*, que en su propia acepción no es aplicable á ninguno de los héroes citados; pero sí lo es en el sentido lato en que aquí se toma. De Jepté dice el libro de los Jueces que era *filius mulieris meretricis*, VI-1.

secuencia legítima de un cálculo que tiene á su favor todas las probabilidades».

Si alguno vacilaba todavía acerca de las predicciones de INMUNELDE, parécenos que ya no vacilará, una vez leídos estos preciosos párrafos del Sr. Fernández Valbuena.

A mayor abundamiento, no es sólo este ilustre escritor quien así piensa; lo que él dice está en la conciencia de todos los que saben pensar, siquiera sean contadísimos los que lo ven con tanta claridad como él.

¡Ea, hermanos...!

Ratificando lo sentado en el artículo *Profecías naturales*, repetimos que á veces los impíos son verdaderos profetas sin pensárselo, anunciando lo contrario de lo que pretenden anunciar. Así aconteció al pontífice Caifás cuando profetizó que convenía la muerte de Jesucristo.

El fourrierismo ha tenido algunos de esos profetas. Fourrier mismo predijo cosas muy notables, pretendiendo profetizar el triunfo de sus desvaríos sociales. Aun adelantó más que él su discípulo Jean Fournet, cuyo libro *Documents apostoliques et prophéties*, expurgado de sus errores fourrieristas, pudiera pasar tal vez por profético. Expurgando el final de su capítulo tercero *(Allons fréres)*, vamos á traducir algunos párrafos para cumplir con nuestra promesa de citar también predicciones de los sectarios. Alude á la restauración religioso-social anunciada por los grandes Profetas, la cual él creyó sería según las teorías de Fourrier, y dice á todos los hombres de orden:

«Ea, hermanos, haced un pequeño esfuerzo, volved un poco hacia la justicia, la ciencia, la caridad, y al punto el apostolado será salvo, y enseguida la gran ley, la ley santa, la ley suprema y providencial que el mundo espera cubierto de un sudario, esa ley fuera de la cual no hay salvación para